

## Con motivo de la muerte de Sarriegui.

**T**UVO la suerte de nacer y vivir en una época de verdadera vida donostiarra; casi familiar; donde todos se conocían. Ha muerto en momentos en que San Sebastián adquiere el enorme desarrollo que todos vemos y en que una generación nueva tiene olvidados los más íntimos recuerdos y los atisbos más culminantes de personalidad donostiarra.

Por lo primero y porque se alentaba en nuestro pueblo, al espíritu de fraternidad sincera, pudo más fácilmente y así lo hizo, identificarse con aquellas tendencias y aquellas palpitaciones del alma local.

Fué artista inspirado y su inspiración llevó al pentágrama trozos de vida, pedazos de corazón del sentimiento donostiarra. Toda su música es alegre, como alegre era el pueblo de aquella época. De intenso colorido local, casi familiar, sus composiciones todas constituyen páginas de lirismo y fantasía, de jovialidad y expansión, de espontaneidad y vida.

Precisamente por eso, porque supo identificarse del modo insuperable con la realidad de aquella vida, de aquel antiguo pueblo donostiarra, es por lo que su recuerdo ha perdurado y perdurará a través de múltiples generaciones. Cualidad cuyo patriotismo sólo pueden esperar los hombres de corazón y las almas escogidas que ponen siempre a la cabeza de sus empresas el desinterés unido a la verdad.

Y, sin embargo, no vayamos a encontrar en sus producciones torbellinos abarcando dilatados horizontes, ni profundidades cuyo sondeo sea dificultoso, ni florecimientos insignes que concuerden con las más altas especulaciones artísticas. No. Todo en él es sencillo, llano. Pero

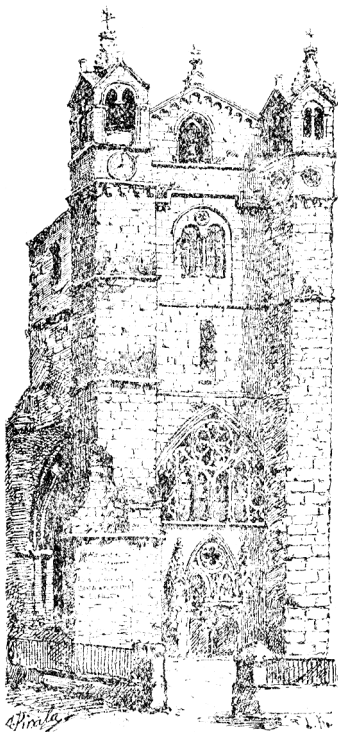
sentido, dentro de esa misma sencillez. Respondiendo a un sentimiento dentro de esa misma llaneza. Lo cual no es tan fácil como se cree.

Arraigó su labor en el pueblo donostiarra, porque fué la encarnación de ese mismo pueblo. Atesoró simpatías generales, porque su obra no fué de codicia, sino de expansión, de fraternidad, de caudal donostiarra. Puso su corazón al servicio de su pueblo. ¿Hay quien pueda y

haya hecho más en la historia de los pueblos? Vibrar las cuerdas de su sentimiento al compás del sentimiento de su pueblo, es algo que a ciertas gentes parecerá nada, pero que es el todo en el circuito de las almas y en las conciencias colectivas.

Recordarle a Sarriegui desde que comenzó siendo tiple en la parroquia de Santa María; pasó con su hermosa voz de tenor en la de San Vicente; siguió en su preparación musical con el insigne Santesteban, y llegó a la inmortalidad con su famosa «Marcha de San Sebastián», es recordar las páginas más alegres y los momentos más felices del clásico Donostia. Su obra es bastante extensa; pero sobre todo celebradísima y rodeada como en apoteosis de luces y bengalas, en los anales inolvidables del San Sebastián familiar.

Fué el año 1861 cuando compuso y se estrenó por primera vez la «Marcha de San Sebastián», juntamente con la lírica composición de ardiente colorido



Iglesia de San Vicente.

local «El ataque de *errikošemes*». Desde el año 1880 hasta 89, Sarriegui fué aquella alma desinteresada que formando un pequeño orfeón de veinte o veinticinco voces, lo dirigía personalmente en las veladas y funciones que el Consistorio de Juegos Florales de San Sebastián daba en el Teatro Principal. «Illunabarra», «Ume eder bat», «Egun sentiya», «Juana Višenta Olabe» y otras delicadas y sencillas composiciones eran las escogidas por Sarriegui para amenizar aquellas inolvidables reunio-

nes de tan acendrado carácter local. Sarriegui compuso la zarzuela *Pasayan*, estrenada el año 1886, con la cooperación del notable tenor señor Vidarte. Fué autor también de otra zarzuela titulada *Petra chardin zaltzallia*, ambas representadas en el Teatro Principal. Un coro titulado «Las campanas de Santa María», tomando por base el sonido de las mismas, recordamos que es composición muy inspirada que debe permanecer inédita. Suya es también la música de aquellas inolvidables comparsas de «Jardineros», «Caldereros», «Los habitantes de la Luna» y otra multitud de trabajos escritos y compuestos al calor de una inspiración fatalmente donostiarra.

Ultimamente, y cuando ya los achaques de la edad y su vida retirada le hicieron abandonar todo trabajo musical, compuso, a ruego de algunos amigos suyos, los coros titulados «Euskal-Billera» y «Sporti-Clai», aunque ya no estuvo tan afortunado, ni era en estas composiciones el mismo Sarriegui de sus buenos años.

En torno a esta labor donostiarra, nos uniremos siempre los que nos preciamos de serlo. Ante la sencilla espontaneidad de sus páginas, recordamos siempre la inspiración serena y la conciencia limpia de un corazón generoso iluminando los actos de su vida. Su obra quedara aquí tal y como fué, tal y como salió de su inspiración. ¡Quiera Dios se conserve y el espíritu local sepa sacudir vigoroso el universal y vulgar cosmopolitismo que pretende ahogarnos!

Ante la tumba de Sarriegui rezaremos una plegaria, que en la hora tremenda de la suprema residencia podrá decir el hijo amantísimo de Donostia: Porque amé a Dios, amé también a mi patria y a mi pueblo. Fué para él la generosidad de mi corazón. Si no con la grandeza que aquél merecía, por lo menos con la voluntad de mis actos y con la modesta inspiración de mis obras. ¡Descanse en paz!

ADRIÁN DE LOYARTE

---

---